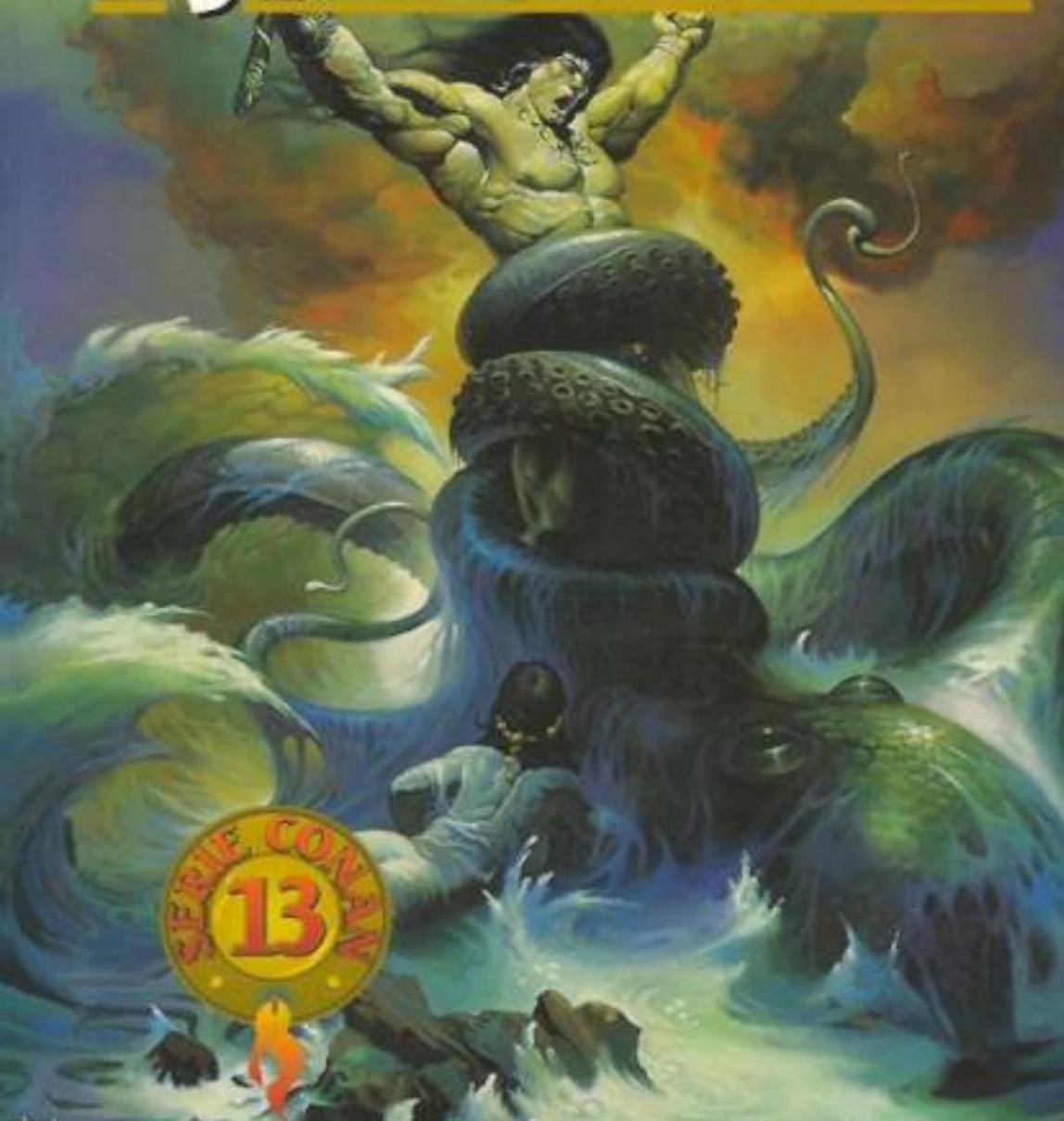


Robert E. Howard

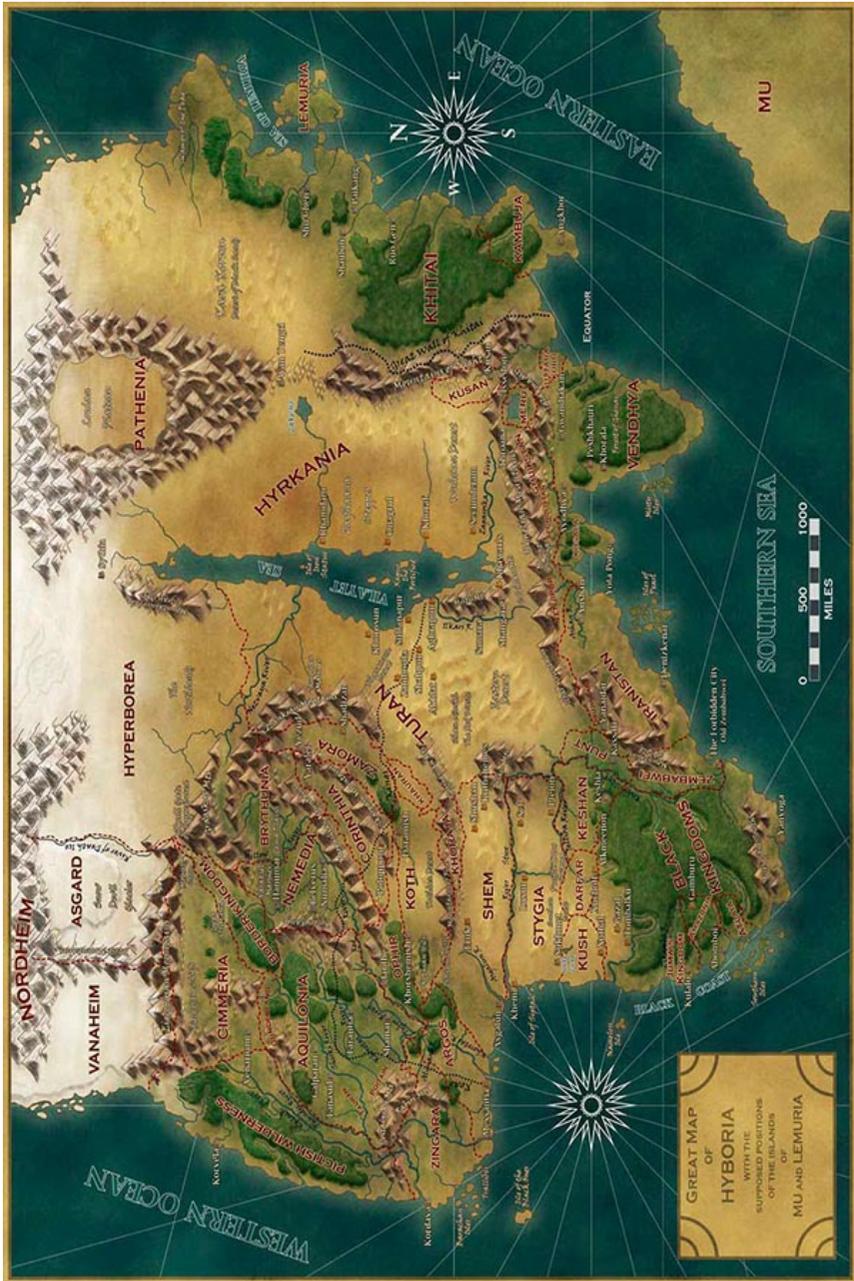
# CONAN EL VENGADOR



Tras haber derrotado la insidiosa conjuración de Amalric de Tor y del hechicero resurrecto Xaltotum, parece que nada ni nadie podrán apartar ya a Conan del trono de Aquilonia. Sin embargo, un nuevo enemigo, procedente a su vez del lejano oriente, rapta a su amada reina Zenobia, y para rescatarla, Conan tendrá que viajar muy lejos de su reino, y pasar por todo tipo de pruebas. Para superarlas, el cimmerico se verá obligado, por primera vez en muchos años, a invocar a Cron, dios ancestral de su tribu.

Conan  
vengador

elRobert E. Howard & L. Sprague de Camp & Björn  
Nyberg



# Introducción

Conan el Cimmerio es el protagonista de más de treinta historias escritas por Robert E. Howard (1906-1936, de Cross Plains, Texas), por mis colegas Björn Nyberg y Lin Carter, y por mí. Nyberg, Carter y yo hemos completado algunos de los manuscritos inacabados de Howard y hemos escrito varios pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard, a fin de llenar las lagunas existentes en el legendario relato.

Las historias de Conan pertenecen a un subgénero llamado «fantasía heroica» o «historias de espada y brujería». Se trata de cuentos de acción y aventuras con una gran dosis de elementos sobrenaturales, que se desarrollan en un mundo imaginario —quizás en nuestro planeta tal como se cree que fue hace mucho tiempo o que vaya a ser algún día, o tal vez en otro mundo o en otra dimensión— en el que la magia funciona y aún no se ha descubierto la ciencia ni la tecnología. En ellos todos los hombres son poderosos, todas las mujeres hermosas, los problemas son simples y la vida es una aventura. Este género fue creado por William Morris a fines del siglo XIX, y desarrollado por Lord Dunsany y por Eric R. Eddison a comienzos del siglo XX. Como notables ejemplos recientes de este género tenemos la trilogía de *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien; *El pozo del unicornio* de Fletcher Pratt, y las historias de Fritz Leiber acerca de Fafhrd y el Ratonero Gris.

Durante los últimos diez años (1927-1936) de su corta vida, Howard escribió y publicó una gran cantidad de rela-

tos de ficción menores (*pulp fiction*) de distintos géneros: deportivo, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras, cuentos de misterio y de fantasmas, además de poesías y cuentos fantásticos. A la edad de treinta años, puso fin a una prometedora carrera literaria suicidándose.

Howard escribió varias series de cuentos de fantasía heroica, publicadas en su mayoría en *Weird Tales*. De todas ellas, la serie más popular, así como la más larga, es la de Conan.

Howard era un narrador nato; sus cuentos son insuperables en cuanto al interés, colorido e intensidad de la acción. Sus héroes —el rey Kull, Conan, Bran Mak Morn, Solomon Kane— son míticos: se trata de hombres de poderosos músculos, pasiones ardientes y una voluntad indomable, que imponen su personalidad en las historias que protagonizan. Además, según he podido percibir al preparar los cuentos para su publicación, Howard tenía una prosa excelente: precisa, directa, simple y muy fácil de leer. Tenía el raro talento de crear situaciones muy imaginativas sin necesidad de usar demasiados adjetivos para describirlas.

Dieciocho historias de Conan fueron publicadas en vida de Howard. Otras ocho, desde manuscritos completos hasta meros fragmentos, han sido encontrados entre sus papeles a partir del año 1950. A finales de 1951, he descubierto más manuscritos de Howard en el apartamento de quien era entonces el agente literario de sus obras. Estos incluían algunas historias de Conan sin editar, que yo he preparado para su publicación.

El estado inacabado en que se encontraba la saga de Conan me ha tentado a mí y a otros escritores a completarla, tal como hubiera hecho Howard de haber estado vivo. Además de editar las historias no publicadas de Conan, a comienzos de los años cincuenta reescribí los manuscritos de otros cuatro relatos de Howard sin publicar y los convertí en historias de Conan. Esto no fue difícil, dado que los protagonistas se parecían mucho a Conan, y solo tuve que

eliminar los anacronismos e introducir algunos elementos sobrenaturales.

Al mismo tiempo, un ciudadano residente en Suecia — Björn Nyberg— dio un paso más. Habiendo conocido a Conan por intermedio de sus amigos Ostlund y Chapman, quedó fascinado, como tantos otros, con las hazañas del poderoso cimmerico. Nyberg tuvo el valor de sentarse a escribir una novela completa acerca de Conan, en un idioma que no era el suyo. Este empeño llevó a una colaboración entre Nyberg y yo, cuyo resultado es «*El regreso de Conan*», que aparece en este libro.

Desde entonces se han descubierto varios relatos completos o fragmentos y bosquejos de historias de Conan sin publicar entre los papeles de Howard. Estos han sido completados por Lin Carter y por mí; algunos de ellos ya han aparecido en esta colección y otros aparecerán en un futuro próximo. Esta serie ha de incluir todas las historias de Conan, viejas y nuevas, en un orden cronológico. Este volumen debería ser el sexto, pero, debido a complicaciones legales, los libros no pueden ser publicados en su orden. Cuando la serie esté completa, *Conan el Vengador* será el décimo volumen desde el punto de vista cronológico, y vendrá a continuación de *Conan el conquistador*.

Las historias de Conan escritas por Howard se desarrollan unos doce mil años atrás en la imaginaria Era Hybórea, ocho mil años después del hundimiento de Atlantis y siete mil años antes de los comienzos de la historia escrita conocida por todos. Conan era un gigantesco aventurero bárbaro de la primitiva tierra de Cimmeria, en el norte, que llegó de joven al reino de Zamora (ver mapa), y vivió en forma precaria durante años allí y en los países vecinos, ejerciendo la profesión de ladrón. Después de algunos años salpicados de sangre como soldado mercenario, pirata, cazador de tesoros y jefe de varias tribus bárbaras, se convirtió en un explorador en la frontera occidental de Aquilonia y luchó contra los salvajes pictos. Después de convertirse en

comandante del ejército aquilonio y de haber detenido una invasión picta, Conan fue enviado a Tarantia, la capital, donde fue encarcelado por el envidioso rey Numedides. Cuando consiguió escapar, fue elegido como cabecilla de una revolución contra el degenerado rey. Conan mató a Numedides y se apoderó del trono, convirtiéndose así en el máximo gobernante del reino hybóreo más poderoso.

Conan pronto se dio cuenta de que ser rey no era un lecho de rosas. Un grupo de nobles descontentos con su reinado conspiraron contra él y estuvieron a punto de asesinarlo. Los reyes de Koth y de Ofir lo atraparon y lo hicieron prisionero por medio de una treta, pero él escapó a tiempo y volvió las cosas en contra de estos supuestos conquistadores de Aquilonia. Otros enemigos suyos conjuraron a un viejo hechicero de su tumba y, con la ayuda de este muerto viviente, derrotaron a los ejércitos de Aquilonia y enviaron a Conan al exilio. Pero él regresó una vez más para desconcertar y destruir a sus enemigos.

Mientras tanto, Conan encontró a una reina, con quien se casó felizmente, deshaciéndose por lo tanto de su harén de concubinas. Durante aproximadamente un año, su reinado fue más o menos pacífico. Pero entonces otro enemigo reunió a sus fuerzas y atacó...

Y aquí comienza la presente historia. En este momento Conan tiene unos cuarenta y seis o cuarenta y siete años, que no aparenta, salvo por las cicatrices que cubren su poderoso cuerpo, y una actitud más prudente y reflexiva respecto a las aventuras amorosas y a las juergas que la que había tenido anteriormente a lo largo de su vida desenfrenada.

Cuando Howard comenzó a escribir las historias de Conan en 1932, creó una pseudohistoria del mundo de Conan: la civilización de la Era Hybórea. A fin de que fuera coherente, escribió un ensayo en el que estableció las bases y elementos de la era prehistórica que utilizó como marco

para sus cuentos. En el último año de su vida, presentó este ensayo para su publicación en una revista de aficionados del género —*The Phantagraph*—, con una nota apologética explicando que se trataba de un truco absolutamente ficticio que le permitía dar coherencia a las historias de Conan. No debía ser tomado literalmente, ni se podían deducir de ello sus verdaderas opiniones acerca de la prehistoria de la humanidad.

La primera mitad de *La Era Hybórea* apareció en *The Phantagraph* antes de que esta publicación dejara de salir. El ensayo completo fue publicado en el año 1938 en un folleto mimeografiado, titulado *La Era Hybórea*, que sacó un grupo de entusiastas de la ciencia ficción. La primera mitad, que describe esta pseudohistoria antes de la aparición de Conan, fue reimpresso en *Conan*, el primer volumen de esta colección. La segunda mitad, que comienza a partir de la época de Conan y continúa hasta comienzos de la historia escrita conocida por todos, aparece en este libro.

Para más información y opiniones acerca de Howard, las historias de Conan y la fantasía heroica en general, el lector puede recurrir a los otros títulos de esta colección; a dos periódicos —*Amra*, el órgano de expresión de la Legión Hybórea (una organización informal de admiradores de la fantasía heroica y de Conan en particular), publicada por George H. Scithers, Box 9120, Chicago, Ill, 60690, y *The Howard Collector*, publicada por Glenn Lord (agente literario de las obras de Robert E. Howard), Box 775, Pasadena, Texas, 77501—, así como al ensayo titulado *The Conan Reader* (El lector de Conan), escrito por mí y publicado por Jack L. Chalker, 5111 Liberty Heights Ave., Baltimore, Md., 21207.

L. Sprague de Camp

# El regreso de Conan

Björn Nyberg & L. Sprague de Camp

*Durante los dos meses que siguieron a la batalla de Tanasul, en la que resultaron aniquilados los invasores nemedios de Aquilonia y su aliado, el brujo Xaltotun, Conan se dedicó intensamente a la tarea de reorganizar su reino, reparar los daños causados por los enemigos y cobrar de Nemedias las indemnizaciones prometidas.*

*Luego Conan se dispone a realizar un viaje a Nemedias, a fin de devolver a su patria al cautivo rey Tarascus y para traer de vuelta a Aquilonia a Zenobia, la muchacha que le salvó la vida cuando se hallaba prisionero en las mazmorras del palacio de Belverus, la capital nemedias. Antes de partir, Conan hace gala de gran tacto y despide a las hermosas concubinas que forman parte de su harén. Con su habitual sentimiento caballeresco hacia las mujeres, se preocupa de encontrarles esposos, o al menos protectores, antes de pedirles que se marchen.*

*El viaje hacia Belverus, así como el de regreso, constituyen una marcha triunfal en la que no se produce ningún incidente. Ya de vuelta en Tarantia, Conan celebra su boda con Zenobia con toda la pompa adecuada para un reino antiguo y poderoso. Los meses siguientes pasan rápidamente para Conan, entre los asuntos de estado y su dedicación a Zenobia. Los*

*que conocen bien al cimmerico no disimulan su sorpresa al ver al rey, en su edad madura, tan monógamo y locamente enamorado de su mujer. Pero el desconcertante y valiente monarca se ha caracterizado siempre por sus reacciones inesperadas.*

*Luego, sin embargo...*

*«Debes saber, además, oh príncipe, que Conan el bárbaro ganó al fin gran fama y poder como rey de Aquilonia, la gema de Occidente, con sus galantes nobles, sus robustos guerreros, sus intrépidos hombres de las fronteras y sus bellas damas. Pero unas fuerzas oscuras y terribles se estaban preparando para sacudir el trono hasta sus cimientos. Porque la noche en la que se conmemoraba en Tarantia el aniversario de la derrota de la conspiración de Valerio, Tarascus y Amalric, así como la aniquilación del brujo Xaltotun, Zenobia, la esposa de Conan, fue raptada del palacio por un espantoso monstruo alado que la llevó hacia el este. Pensando que era mejor viajar rápidamente, solo y en el anonimato que acompañado de sus tropas, Conan inicia la búsqueda de su desaparecida esposa...».*

Crónicas Nemedias

## Prólogo

La habitación estaba en penumbra. Unos cirios largos, colocados en los candelabros que adornaban las paredes de piedra, solo contribuían a despejar un poco la oscuridad. Resultaba difícil entrever la figura cubierta con un manto y una capucha que estaba sentada ante la sencilla mesa en el centro de la sala. Era más difícil aún apreciar los detalles de otra silueta, agazapada en las sombras, que parecía comunicarse en un mudo diálogo con la primera.

Una fuerte ráfaga de viento agitó el aire de la habitación, como por efecto del movimiento de unas gigantescas alas. Las llamas de los cirios oscilaron intensamente, y de repente la silueta que estaba ante la mesa se quedó sola.

## 1. Las alas en la oscuridad

Los imponentes muros del palacio real de Tarantia recortaban su destado perfil contra el cielo del atardecer. Los centinelas se paseaban por las almenas con la alabarda al hombro y la espada colgando del cinto, pero su vigilancia era un tanto despreocupada. Lanzaban frecuentes miradas hacia la entrada del castillo, al que entraban numerosos nobles y caballeros con sus damas por el puente levadizo, pasando bajo las gruesas rejas del alzado rastrillo.

Quienes conocían a los cortesanos pudieron ver entrar a Próspero, el general del rey y su mano derecha. Iba vestido de terciopelo rojo, con leopardos dorados de Poitain bordados en su casaca, y avanzaba lentamente, luciendo sus botas de fino cuero. Luego llegaron Pallantides, comandante de los Dragones Negros, con una armadura ligera que luego se quitaría; Trocero, conde de Poitain, con su esbelta y erguida figura, que se contraponía a sus cabellos plateados; los condes de Manara y de Couthen; los barones de Lor y de Imirus, y muchos más. Todos venían con hermosas damas ataviadas con ricas sedas y satenes, y los servidores del palacio se apresuraban a llevar a un lado del patio los palanquines y los dorados carruajes que habían conducido a los distinguidos huéspedes.

En Aquilonia reinaba la paz, que duraba ya más de un año, desde que tuvo lugar la tentativa del rey de Nemedi —con la ayuda del resucitado Xaltotun, un brujo de Aquerón— de apoderarse del reino de Conan. Años atrás, a su vez, Conan había arrebatado la corona de las sienes ensan-

grentadas del tirano Numedides, al que dio muerte delante de su mismo trono.

Pero la conspiración nemedica fracasó. Se exigieron fuertes compensaciones por los daños sufridos por los aquilonios, en tanto que la acartonada momia de Xaltotun, nuevamente muerto, era transportada en su misterioso carruaje hacia un lugar oculto y sombrío. El poder del rey Conan se hizo cada vez más fuerte, a medida que su pueblo se iba dando cuenta de la sabiduría y la justicia de su gobierno. Los únicos desórdenes que se produjeron fueron las incursiones periódicas de los salvajes pictos en la frontera occidental. Estos ataques, no obstante, eran contenidos con relativa facilidad por las veteranas tropas acantonadas en el río del Trueno.

La noche en la que se inicia este relato era una noche de fiesta. Brillaban las antorchas, dispuestas en filas junto a las puertas, y ricos tapices cubrían el áspero granito. Por los pasillos desfilaban con prisa los criados vestidos con ropas de vivos colores, a quienes dirigían en voz alta los mayordomos. Esa noche, el rey Conan ofrecía un baile en honor de su reina, Zenobia, que había sido esclava en el harén del rey de Nemedica. La joven había ayudado a Conan a escapar de las mazmorras de Belverus, y como recompensa le fue conferido el mayor honor que se le podía otorgar a una mujer en tierras occidentales: se convirtió en reina de Aquilonia, el país más poderoso al oeste de Turan.

El brillante conjunto de invitados podía observar el ardiente amor que se profesaban sus reales anfitriones. Esto se hacía evidente en los ademanes, gestos y miradas que se dirigían discretamente al rey y la reina, aunque la sangre bárbara de Conan seguramente le hacía arder en deseos de dejar a un lado su civilizado disimulo y de estrujar en sus fuertes brazos a la encantadora reina. Pero en lugar de ello, se encontraba a un metro de distancia de su esposa, respondiendo a las palabras de cortesía de sus invitados, con

una elegancia que si bien parecía innata en él, en realidad era recientemente adquirida.

De cuando en cuando, sin embargo, la mirada del rey se perdía en dirección a la pared más alejada de la habitación, donde se exhibía una espléndida colección de armas: espadas, lanzas, hachas de combate, mazas y jabalinas. Aunque al soberano le satisfacía ver a su pueblo en paz, le resultaba imposible dominar el impulso de su naturaleza bárbara, que le recordaba el fluir de la roja sangre y el crujir de una armadura o de los huesos de un enemigo bajo el filo de su pesado sable. Pero ahora los tiempos eran más propicios para empresas pacíficas, y Conan volvió la vista hacia la rubia condesa que le hacía una reverencia a él y a Zenobia.

Un juez se hubiera visto en un compromiso de haber tenido que otorgar un premio de belleza entre las hermosas damas que contribuían a dar mayor esplendor a la fiesta. Sin embargo, al ver a la reina, la decisión no admitía dudas: en realidad, la soberana era la más hermosa de todas. La perfección de su cuerpo quedaba realzada por el amplio vestido escotado que llevaba, mientras que su espléndida cabellera negra adquiriría mayor relieve con la sencilla corona de plata que la sujetaba. Por otro lado, su rostro, de rasgos perfectos, irradiaba una nobleza y una bondad innatas que no eran fáciles de contemplar en aquellos tiempos.

Y si bien el rey era considerado un hombre afortunado por parte de sus cortesanos por tener semejante esposa, las damas no envidiaban menos a Zenobia. Conan tenía un aspecto imponente y atractivo con su sencilla casaca negra, sus ajustadas calzas de seda y sus botas de suave cuero, también negro. El león de Aquilonia brillaba en su pecho, y la única joya que llevaba era una estrecha corona de oro con la que sujetaba su oscura melena. Al observar sus amplios y recios hombros, su delgada cintura y caderas y los musculosos miembros que se contraían como los de un fe-